

Reedición de 'Las espiritistas de Telde' de Luis León Barreto

Luis León Barreto obtiene en 1981 el premio "Blasco Ibáñez" con la novela *Las espiritistas de Telde*. Esta obra ha merecido sucesivas reediciones; la última, del Centro de la Cultura Popular Canaria. La novela dispone de un atinado y excelente prólogo de Oswaldo Rodríguez.

Dice de Canarias Luis León Barreto que es un Sur "que huele a Sahara y al Caribe". Frase que, si tiene regusto poético, alcanza más largos objetivos: no concibe lo insular como una realidad inmóvil anclada en el Atlántico. Comprende lo enunciado que ese espacio de tierra retiene una historia, que si ha venido hacia ella por el mar, las islas, a su vez irradian lo ya aclimatado en estos piélagos hacia otros continentes; tres continentes: Europa, África, América, han fraguado la identidad insular. Síntesis dialéctica que no ha carecido de conflictos y de tremendas rasgaduras que ya forman parte sustancial de una personalidad definida por el mestizaje cultural.

El autor de esta novela ha escrito que una cultura que no se reconoce a sí misma, que no toma posición, está llamada a pasar desapercibida. A veces se le niega a la literatura creada en Canarias la posibilidad de disponer de ciertos signos peculiares por las que se le identifique, y, -como expone León Barreto- "A fuerza de negarse a sí misma, esta tierra semeja un lugar irreal, carente de espacio inexistente".

El antídoto contra ese desentendimiento cuyo destino se va achicando y perdiendo es el de "mantener los ojos abiertos y la mirada crítica". Como continúa diciendo el novelista: si no tenemos esperanza hay que inventarla.

Invencción literaria; porque el autor da a la literatura dos funciones de naturaleza distinta y hasta contrarias. De una parte, desvela las falsedades que han sido impuestas por una historia que fue conformando una mentalidad moral a los individuos que componen la comunidad. De otro lado, se encamina por nuevas rutas hacia un destino de verdadera emancipación y libertad.

Varias son las épocas que rondan ante nosotros en *Las espiritistas de Telde*; de modo que es imposible que un solo personaje ocupe y gane el centro de la novela. Pero aparte de esta razón, ¿por qué el narrador impone un personaje colectivo? Lo impone porque quiere mostrar la relación existente entre los individuos y la



Luis León Barreto



sociedad. En este sentido procura unir así el conocimiento histórico al presente, como también situar un hoy desde el que encaminarse al futuro.

La historia nunca está dicha del todo; no se completa; como ha expresado Bajtin, siempre hay algo **por decir**; algo nunca tratado pero que puede darlo a conocer una voz hasta ahora enmudecida.

Luis León Barreto quiere rescatar esas voces, construir un edificio más fiable que el ofrecido por la historia oficial. Una historia movidiza, incapaz de revelar "la versión exacta" -según declara el cronista de esta novela-, "porque a estas alturas la historia está trastocada al infinito". No valen las generalidades. La voz tiene que encontrar y transmitir lo solapado en el traje de la historia, tiene que dar con la singularidad, levantarle el secreto. Canarias puede redescubrirse como un caso peculiar; en algunos puntos ha de historiarse como un caso aparte del proceso peninsular.

Entiende que se vive en una comunidad; es decir, en una realidad social, interpersonal; en suma, en un universo de potenciales voces que la novela puede despertar. Convertir la mudez o el rumor en una polifonía clara y sonora. Así lo dispone el novelista; interesado en mostrar una *-otra-* historia abierta, libre ya de la dictadura de un discurso regido por una sola voz que habla al dictado de la ideología imperante.

¿El tiempo pasado debe entenderse como mera reproducción? Un escritor moderno no aceptaría ser un instrumento de reproducción de la historia. Si algo caracteriza a la modernidad literaria es que el material tratado, los contenidos del mundo son contenidos que han pasado previamente por la conciencia; se han internalizado en el autor. Los materiales sufren o padecen un proceso de subjetivación. El pasado que recoge el cronista no se traslada puro al papel. Es supuesta o relativa la objetividad de la que se parte. Su voz selecciona, decide lo compatible o no con su íntima realidad. Las cosas que oye deben vibrar en su interior, reconocerlas como suyas; condición necesaria para que pasen a ese discurso que el narrador está construyendo.

¿Es un nuevo discurso? Y si fuera nuevo, ¿cuál es su singularidad? Recordemos que al cronista se le pide en 1978 que investigue los pormenores de un crimen ocurrido en 1930. Enrique levantará a los muertos que sepultó la historia. No es la primera vez que ocurre esta tamaño desviación temporal. Al Lazarillo se le pidió que explicase su situación actual. La respuesta del pícaro fue una autobiografía tan amplia como interesada. Necesita justificar una situación y para ello pone **toda** su vida como factor coadyuvante. El crimen de Telde en 1930 es un pretexto para desempolvar una pequeña parcela de la historia de Canarias. Ante un suceso real y de breve temporalidad el novelista responde con una invención literaria que abarca varias centurias de la historia de Canarias. No sólo importa lo ocurrido a los últimos elementos de la saga familiar de los Van der Walle. Interesa conocer al fundador de esa casa que enraizó y se enriqueció en la isla de Gran Canaria (Tamarán); interesa ver cómo sur-





gió la hegemonía de la extraña familia en una pequeña isla perdida en el Atlántico; cómo se extinguió esa familia.

Conocemos cómo el primer Van der Walle funda una estirpe que adquiere importancia en la historia local, se funde con determinadas familias, trasciende el ámbito insular y se propaga por el norte y sur de América. Efectivamente, a la figura del fundador le asigna el cronista una máxima significación.

La historia, como se ha dicho, puede estar ocultando la realidad. La historia que nos llega escrita se escribió interesadamente, bajo la voluntad de quien ostentaba el poder. Se pone en crisis la verdadera realidad de la historia. Luis León Barreto confía en el modelo literario para mostrarnos la catadura de este primer Van der Walle, judío prestamista que debe huir de Holanda por desfalco al municipio. Que desembarca en Sevilla, que, como un buscón cualquiera, se enreda en la populosa ciudad española y hace vida propia de pícaros. Nos recuerda algunos pasajes del buscón llamado Pablo quien, rumboso sobre un caballo ajeno, esperaba engañar a la sociedad en la que estaba deseando integrarse. Sevilla, ciudad trampolín hacia otras tierras recién descubiertas. Matrimonio con María Vargas, pupila de una "famosa" casa. Se casan en la iglesia más oscura. Se embarcan y llegan a Canarias. Tienen un primer hijo: su mayor gracia será la del juego y la juerga, dilapidar la fortuna de los Van der Walle. Se sugiere que el nacimiento de su segundo hijo más se debe a un hombre rico del Sur, Pedro Jáimez, que protege a esta familia y le acrecienta su hacienda.

León Barreto toma sutilmente elementos de la picaresca porque ya se ha situado críticamente frente a la historia que relata (recordemos que no acepta, por falsa o manipulada, la historia oficial). Nos entrega así un relato que se refiere a los fundamentos de una sociedad; de una sociedad que acoge a un personaje ducho en trampas y de marcada iniciativa y ambición.

Una parte de la clase pudiente del territorio insular delata un dudoso origen que el tiempo y la historia han disimulado. Tal familia va en parangón con la isla; puede vérsela, hasta cierto punto, como una de sus numerosas metáforas.

El novelista parece como si se propusiera revisar algunas páginas de la historia de Canarias. Para ello ha extendido una serie de acontecimientos que sucedieron en el universo insular, y le ha inyectado literatura. Aquellos conceptos inmovibles se resquebrajan; se destruye la vieja percepción histórica para poner al lado otra realidad posible, otra alternativa. No puede aceptarse, sin más, la voz impersonal de la historia. Siempre hay algo por decir, y lo que expresa desde la literatura entraña otra manera de conocer la realidad; en definitiva, la búsqueda real de un más profundo conocimiento, de una identidad que hasta ahora se ocultaba tras la máscara disimuladora de la historia.